

Ricardo Gullón y Luis Alonso Luengo

LA MEJOR OBRA DE GASPAR BECERRA

Aprovechando que nos encontramos en el año del centenario de Ricardo Gullón, recuperamos este artículo que escribió junto a Luis Alonso en el Heraldo de Madrid el 13 de octubre de 1930.

NOTAS BIOGRÁFICAS. BECERRA Y SU ÉPOCA

El insigne creador del retablo de la catedral asturicense era hijo de don Antonio Becerra y doña María Padilla, habiendo nacido en la ciudad de Baeza el año 1520, sin que pueda fijarse el día con entera precisión.

Desde muy niño mostró decidida inclinación a la escultura, modelando pequeñas estatuas en madera, a las que daba el aspecto de las personas de su intimidad, con tan admirable perfección que su padre, aconsejado por Germán de Gamarra, decidió favorecer sus aficiones enviándole a Roma, donde se dedicó a la pintura y a la escultura, siendo discípulo de Jorge Vassari, que, a su vez, lo había sido del portentoso Miguel Ángel.

En la Ciudad Eterna, centro entonces de las artes y del placer, conoció Becerra a Julia del Sancio, emparentada con los poderosos Colonnas, y se enamoró perdidamente de ella, sin que, por la noble condición social de su adorada, pudiera el artista entablar con ella otros amores que los rigurosamente secretos que entre ellos tuvieron lugar, protegidos por la nodriza de la joven.

Y dicese que el enamoradizo español tuvo que salir precipitadamente de Roma al enterarse que los hermanos de la bella Julia habían jurado apuñalar a quien escondidamente mancillara su honor.

Nunca olvidó Becerra a la hermosa romana, a quien muchos años después aún conservaba latente en el recuerdo, puesto que, según la leyenda, es ella la modelo reproducida en la escultura que simboliza la Fortaleza en el retablo de la catedral asturicense. Figura que originalmente hallábase desnuda desde cintura para arriba, y que hoy muéstrase cubierta con una espesa capa de pintura azul.

Cuando Becerra huyó de Roma abandonando el trabajo que con Vassari ejecutaba en la Cancillería romana vino a España, dejando allí terminada su primera obra, una pintura representativa de la Natividad de la Virgen, destinada a la iglesia de la Trinidad. Perfeccionó allí también sus

estudios anatómicos, que tan bien había de aprovechar en sus posteriores trabajos. Al llegar Becerra al solar hispano entró al servicio del siniestro Felipe II, admirándose de la vida que en la corte de éste se llevaba, tan distinta de la orgiástica y dinámica que triunfaba en la sede papal.

El sombrío monarca le nombró escultor de cámara, con un elevado sueldo, siéndole concedido el título y beneficios en la real cédula de 1563. Ocupando este cargo llevó a cabo trabajos de indiscutible valor, según las referencias que de ellos se tienen, pues, por desgracia, casi todos fueron destruidos por el incendio que aniquiló el alcázar de Madrid en la Nochebuena trágica de 1735.

Sobre las obras de Becerra ciérnese no sabemos qué trágico destino, pues también el retablo mayor que tallara en mármol para el convento de las Descalzas Reales, de Madrid, recibió la destructora caricia de las llamas en el incendio que en 1862 destruyó el convento, deteriorando considerablemente el retablo.

En 1556 casó con Paula Velázquez en la ciudad de Tordesillas, donde había nacido su mujer, y consagrado a su afecto tranquilo y suave vivió con ella, sin olvidar nunca a la bella Julia del Sancio, aunque en su testamento mostró su agradecimiento a la que durante catorce años fue su fiel compañera, mejorándola en cuanto le fue posible.

Es curiosa la anécdota referente al encargo que recibió Becerra de tallar una imagen de la Soledad de la reina Isabel de Valois, que una vez terminada no satisfizo a la caprichosa dama. Volvió el escultor a ejecutar de nuevo la obra y también la de Valois se mostró descontenta. Entonces Becerra decidió abandonar la empresa y arrojó al fuego varias tallas que tenía comenzadas. Y el aprovechado baezano oyó o creyó oír una voz que, viniendo del más allá, le decía: "Con ese leño que ahora comienza a arder harás la imagen y triunfarás". Y claro es que la reina no pudo desairar el consejo divino que de tan providencial manera vino a sacar a nuestro escultor del atolladero en que el regio capricho le había metido.

El encargo de construir el retablo de la catedral de Astorga lo recibió Becerra en el año 1558, y el contrato que para su ejecución acordó con el Cabildo lleva fecha del mismo año, estipulándose en él muy detalladamente todo lo referente a su factura, como asimismo el precio que el escultor había de recibir, que era de tres mil ducados, y que a su terminación fue duplicado por el Cabildo, como expresión tácita de la admiración que habíale producido tan magnífica obra.

Falleció Becerra a los cincuenta años, en 1570, cuando, joven aún, no había dado de sí todo el valor artístico que como escultor y tallista albergaba en su ánimo. No fue un malogrado, puesto que nos legó la incomparable joya que es el retablo de la catedral astorgana; pero sí es de lamentar que la muerte nos privara demasiado pronto de tan notabilísimo artista.

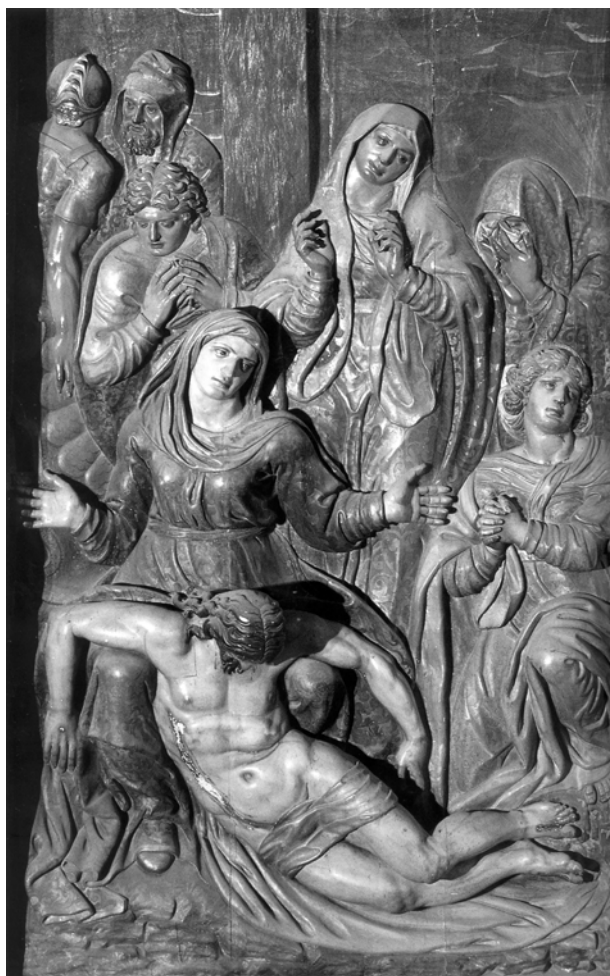
DESCRIPCIÓN DEL RETABLO

Consta de cuatro cuerpos horizontales, todos ellos bellísimos y armoniosos. El interior, dividido en cuatro cuadros, muestra en cada uno estéticas figuraciones a través de las cuales se transparenta el hábito vigoroso de Miguel Ángel.

El segundo de los cuerpos simboliza en sus cuatro medallones diversos pasajes bíblicos, que son: de izquierda a derecha, Jesús disputando con los doctores, el Descendimiento, La Ascensión, Pentecostés. Es de remarcar la maravillosa perfección anatómica lograda por Becerra en todas sus figuras que descuella como en ninguna en el Cristo del Descendimiento, donde aplicó formidablemente los conocimientos adquiridos en los hospitales y salas de disección de la Ciudad Eterna, ya que no puede darse mayor sensación del abandono producido por la muerte que la que nos causa la contemplación de la citada escultura. Y la cabeza calva del San Pedro en la Ascensión está de tal modo conseguida que se ve latir la sangre a través de las venas que la surcan.

En el centro del siguiente orden destaca la figuración de la Asunción de la Virgen, primera de las esculturas realizadas por Becerra para el retablo, ya que, según consta en el contrato, conservado en el archivo catedralicio, para que aquél se considerase perfeccionado se estipuló que desfilarían ante la imagen los diputados que el cabildo nombrara, quedando todos ellos satisfechos del logro de la escultura. Los cuatro medallones que enmarcados por columnas de estilo corintio se reparten a los lados de la Asunción representan, respectivamente, el Nacimiento, la Circuncisión, la Adoración de los Reyes Magos y la Presentación en el templo.

En el tercer orden y entre la severidad de las aristas dóricas muéstranse: el abrazo de San Joaquín y Santa Ana, la Natividad de la Virgen, los Desposorios y la Anunciación, distribuidos a ambos lados de la maravillosa Coronación de la Virgen.



La Piedad (El Descendimiento). Foto: Imagen M.A.S.

Remata el retablo un magnífico Cristo expirante que algunos han atribuido a Berruguete. Para convencerse de la ligereza de esta afirmación basta con leer el contrato que Becerra firmó con el Cabildo. En él tras la descripción del retablo se estipula la talla del Cristo que lo ha de coronar juntamente con la Virgen y San Juan.

Esta magnífica representación del Crucificado, observada a corta distancia es armónicamente desproporcionada: tórax amplísimo, giba lateral muy pronunciada, tobillos excesivamente anchos, etc. Así, vista desde abajo esta regia coronación del retablo, la dimensión exacta, bella, no padece como consecuencia del alejamiento. Lo cierto es que su autor demostró al esculpirlo indudables y atinados conocimientos del arte de la perspectiva.

A ambos lados del Cristo, a más de la Virgen y San Juan, ya citados, yérguense hasta diez tallas de santos, obispos, monjes, vírgenes... Murió Gaspar Becerra cuando, finalizada la talla del retablo, iba a comenzar su encarnación y pintura. Se encargó este trabajo a dos pintores de fama, Gaspar de Hoyos y Gaspar de Palencia, que lo realizaron con sutileza extremada. Estofaron las tallas, sembraron las partes bajas de finísimas miniaturas y estamparon en los intercolumnios simbolismos de original técnica, y realizaron, en suma, una labor digna de la maravillosa obra.



La Religión. Foto Imagen M.A.S.

ANECDOTARIO EN TORNO

Era Astorga en la época en que Becerra con legión de discípulos tallaba el retablo una amurallada ciudad diminuta, de estrechas y retorcidas calles: ni sombra de la populosa urbe que antaño fue.

El marqués dominaba la ciudad. El Cabildo era su constante enemigo. Un día eran las puertas de las murallas – patrimonio del Cabildo- las que don Alfonso mandaba arrancar. Otro, estocadas y reyertas entre criados de uno y otro.

Construíase a la sazón la torre nueva de la catedral e íbanse a colocar en su centro tres blasones: el de España, el de Astorga y el del Cabildo. Don Alfonso entabló pleito sosteniendo el derecho de su escudo a figurar en la torre. El Cabildo, por boca de su doctoral, personose en contra.

Ocupaba la doctoralía de Astorga un varón probo y sabio, cuya bellísima sobrina sostenía de tiempo atrás amores con el discípulo predilecto de Becerra. Su merced se oponía a las relaciones. Todas las noches, al filo de las dos de la madrugada, hora en que el doctoral cantaba maitines –pues en tan absurdos momentos verificábase el coro canonical-, la doncella parlaba a la reja con el escultor... Y cuando sonaba la hora en que el doctoral tornaba de sus deberes litúrgicos cesaba la charla.

Y he aquí que una madrugada, al volver de maitines, el viejo canónigo fue acuchillado cerca de su mansión.

Hiciéronse pesquisas por el corregimiento, y como una adivinadora –de vivienda cercana a la del doctoral- declarara los amores de la sobrina del clérigo con el escultor, la

oposición de su merced y la hora en que los amantes departían cayeron las sospechas sobre el joven artista, que fue encarcelado y sometido a tormento. Becerra, que como a hijo le apreciaba, movió influencias en su pro, sin que nada consiguiera.

Pero una noche del quejumbroso marzo la ronda que vigilaba las cercanías de la catedral oyó a lo lejos el grito de un moribundo que demandaba confesión. Corrieron los alguaciles al punto de donde la voz brotaba y vieron al pie de la torre de la catedral revolverse en un charco de sangre a un desconocido; como la muerte se le echaba encima y confesor no venía, quiso al menos descargarse del grave secreto que le torturaba. Declaró que él, con otros sicarios del marqués, había dado muerte al doctoral a causa de la sombra que hacía a don Alfonso en el pleito del blasón. Fallado el asunto en contra del marqués, quiso éste mostrar al Cabildo su orgullo insatisfecho y aquella noche había ordenado al desgraciado declarar subir a la torre y sobre el blasón de Astorga clavar un pergamino con el diseño del escudo del marquesado. En tal se ocupaba el desventurado, cuando resbalósele una pierna y vino al suelo.

Enterado el Cabildo del desafuero del marqués se retiró a su villa de Santa Marina, enviando cartas a su excelencia indicando no tornaría a la sede si en su procesional entrada no lo recibía de rodillas con hábito de penitente y ceniza en la cabeza.

COLOFÓN

Declarado inocente, se dio suelta al ayudante de Becerra; pero tales golpes de torno le habían sentado que poco después moría, ocasionando al escultor baezano un grave quebranto en su minada salud.